

Libro corazón

Severino Salazar

CUANDO ACARREÁBAMOS LA COSECHA en la carreta, mi padre se dio cuenta de que esta vez no cabría en la troje. Fue la razón por la cual una buena parte se quedó apilada a cielo abierto, en el corral de en medio. Había sido un año de abundancia. Pero, para nuestro mal, en esa abundancia que con tanta alegría metíamos a nuestra casa, también llegaba escondida una tragedia. A partir de una tarde de ese otoño aprendimos a ver el mundo de otra manera. Y no nada más nosotros, sino todos en el pueblo.

Sin darnos cuenta, pequeños hechos se fueron encadenando y acomodando arriba de nuestra carreta. Eran cosas hermosas, que nos daban mucha alegría y vida, sin embargo, nunca sospechamos que por igual nos la quitaran.

Así pues, comenzaré por decir que en el zaguán de nuestra casa mi madre me había dejado poner un pequeño negocio. Alquilaba y cambiaba historietas y cuentos como los del *Pato Donald*, *El conejo de la suerte*, *Vidas ejemplares* y *Leyendas y tradiciones*, los cuales le encargaba a mi padre cuando iba a Jerez, que era casi cada ocho días, por lo que mi colección se estaba renovando constantemente. En las tardes, frente al portón de mi casa, se juntaba la palomilla, y siempre había uno o dos muchachos leyendo y hojeando mis revistas por veinte centavos cada una. Mi maestro, el profesor Enrique, que además vivía con su hermana, también frente a la plaza, dos puertas adelante, cuando pasaba por aquí, me decía en son de burla que yo estaba encargado de cultivar la mente de mis compañeritos.

Luego, con los frutos del otoño, entre mis hermanos y yo compramos un libro que cambió mi existencia y acabó con la de él, pero eso viene más adelante.

La forma como ese libro llegó a nuestra casa y a nuestras

vidas tiene que ver con las cosechas. Y éstas se recogen durante los últimos días de octubre, mientras se empiezan a acumular en el cielo nubes blancas y grises, como rebaños de borregos, que traen en sus entrañas las que se conocen como lluvias nieve, porque se dejan venir en gotas pequeñas y frías en noviembre o en diciembre, que pueden durar cayendo una semana sin parar y empapan lenta y silenciosamente las bardas y los caminos. Los animales permanecen inquietos en las caballerizas; los enjambres de moscas, pegados en las paredes. Las noches se vuelven negras, como alas de ratón viejo.

Eran las épocas en que todavía se usaban las carretas y los carretones jalados por las mismas mulas que, meses atrás, habían jalado los arados en los barbechos. Mi padre tenía una de éstas. Aunque las trocas y uno que otro tractor amarillo ya las estaban sustituyendo. Pero mi padre era pobre y además anticuado; no tenía troca ni dinero suficiente para desperdiciarlo, según él, alquilando una que nos acarreará la cosecha a nuestra casa. Y se resistía a todos los cambios que traían los campesinos más modernos y progresistas, como los de los ejidos. Y eso, además de ser un atraso, era causa constante de nuestras frustraciones y corajes con él. Siempre se resistió a los veterinarios, a los que consideraba una plaga de parásitos, a las pastillas para cuajar la leche y hacer el queso, a la inseminación artificial y a esas cosas tan raras que él no entendía ni le interesaba entender y de las cuales todo el mundo hablaba. Por ejemplo, fuimos los últimos en el pueblo, y en toda la región, que tuvimos una yunta de bueyes, por lo tanto, mi hermano y yo, una fuente inagotable de chistes, donde afilaban su lengua y sus ingenios los compañeritos de la escuela. Pues era, hasta ahora lo veo,

como si a la vanidad del mundo mi padre opusiera su despojo; y a su vértigo, la lentitud de la eternidad. ¿Por qué apresurarse si de todas maneras las estaciones seguían siendo cuatro, y permanecerían dándole la vuelta a la casa y al pueblo a su tiempo, no antes ni después?

Pero volvamos a la recolección de las cosechas de aquel año. Durante una semana entera, en la carreta, jalada por el viejo par de bueyes, hicimos muchos viajes al potrero para acarrear la nuestra. Mi hermano Rafael y yo, después de la escuela, acompañábamos a mi padre en esas difíciles tareas. Trepados hasta arriba, cómodamente tirados sobre los tercios de tazole o las barcinas repletas de vainas de frijol, mirábamos que los pájaros andaban por el cielo también atareados, como locos, azorados por las gentes y las bestias que con sus cargamentos saqueaban los campos y se iban a lo largo de los caminos como hormigas rumbo a su agujero, que en este caso era el pueblo.

Sobre los empedrados de las calles iba quedando un rastro de paja, mazorcas y calabazas aplastadas, espigas de trigo, granos de frijol y las huellas de las bestias y las ruedas de las carretas y las llantas por igual. Los abrojos se nos pegaban en los pantalones, como si quisieran también irse de los campos. Era la vida, el sustento, una bendición de Dios, que había crecido en el campo y ahora entraba dormida para acomodarse en los rincones más oscuros y tibios del pueblo. La alegría estaba en todo lo que la gente hacía. Y en el campo que se quedaba vacío y a descansar por unos meses de todo ese verdor en el que había parido sus frutos.

En un costal, Rafael y yo juntábamos la pepena, que eran las mazorcas que las bestias cargadas, las trocas y las carretas iban tirando por el camino, y las calabazas que se quedaban abandonadas en los barbechos. Todos los muchachos del pueblo hacían lo mismo. Diariamente, durante los días que duraba la recolección de la cosecha, juntábamos un costal cada uno. Luego les sacábamos las semillas a las calabazas y desgranábamos el maíz para venderlos por kilo. Con el dinero podíamos comprar lo que quisiéramos: juguetes, dulces, y encargar de Jerez muchas revistas como las del *Pájaro loco* y *El conejo de la suerte*.

Cuando echamos el último viaje, mi padre acomodó la carreta bien cargada de maíz también en el corral de en medio, a un lado de la tazolera que no cupo en la troje, como ya dije antes. Así la dejó porque no la íbamos a necesitar por lo pronto. Por eso comenzamos a jugar, después de la escuela, arriba, abajo y alrededor de ella.

También recuerdo clarito que yo estaba en cuarto para pasar a quinto, y mi hermano Rafael en tercero. Él era muy

afortunado con el dinero, le rendía de una forma inexplicable. A mí se me esfumaba de las manos, se me volvía humo. Me daba coraje conmigo mismo y sentía, por qué no confesarlo, un poco de envidia. Por esa razón lo convencí, después de muchas súplicas, que casi me le hincó y le lloro, para que invirtiéramos parte del dinero de nuestras pepenas en un hermoso libro ilustrado y a colores que, unos días antes, me había dejado hojear don Daniel en su tienda, en donde comprábamos los útiles de la escuela. Las letras eran grandes y cada página tenía la mitad –o más– llena de dibujos muy bonitos y bien acomodados entre los párrafos. Ese libro no lo pensaba alquilar. Pero a mi hermano se le ocurrió la idea de ponernos a jugar con él de otra manera.

Yo me sentía fracasado porque el libro no era sólo mío.

A mi hermano Rafael no le importaban los cuentos y las revistas. Él tenía buena mano para los animales; era el dueño de un par de chivos que mi papá le había dado desde que estaban chiquitos. Y él los alimentaba con yerba de la huerta y de las que crecían a la orilla del río. Y también eran suyas las palomas de los palomares acomodados en los pretilos de la troje. Y lo curioso era que eran muchas y a todas las conocía y tenían nombre propio. Palomas blancas y moradas. A veces, cuando estábamos en el río, volteaba al cielo y decía: “Allá va Romañola”. Ya adulto, tengo que aceptar que había una rivalidad que apenas afloraba, que apenas se notaba, entre nosotros dos: él era el hijo de mi padre; y yo, el de mi madre.

El corral de en medio era una montaña de pastura, de maíz todavía sin pizcar. Mi hermano, algunos vecinos y yo, después de hacer nuestras tareas, jugábamos a las escondidas y a los balazos en las tazoleras. Las gallinas cluecas también escondían sus nidales entre la paja llena de mazorcas; sin que nadie se diera cuenta hacían pasadizos, como laberintos difíciles de encontrar, y después salían con una realada de pollitos amarillos y negros que llenaban de píos los corrales y andaban escarbando peligrosamente con sus picos la tierra, debajo de los caballos y de las vacas, entre sus patas.

De pronto, una tarde, a mi hermano se le ocurrió sacar nuestro libro al corral. Luego se encueró todo, y como si se dispusiera a nadar en algunos de los charcos del río, dejó su ropa sobre la cerca de piedra, tomó el libro, se subió a la carreta con él y permaneció allá arriba un largo rato. Pensé que era como nadar en el río, ahora que teníamos prohibido hacerlo, ya que en el otoño la corriente crecía y era fuerte, peligrosa, sucia, color chocolate. Cuando al fin bajó, le preguntamos:

—¿Qué estabas haciendo allá arriba?

—Desde allá se veía un niño que viajaba desde los Apeninos a los Andes con un baúl a cuestas para buscar a su madre —nos dijo. Luego se pasó como media hora contándonos las aventuras de ese niño italiano cuando pasaba por las ciudades, las aldeas y los paisajes de América del Sur.

En seguida me tocó mi turno. Me deshice de mi ropa y subí a la carreta. El rastrojo se pegaba y me picaba en el cuerpo, las mazorcas eran bultos duros, como piedras. Sin embargo, al rato estaba cómodamente acostado mirando al cielo.

—Escuchen lo que vi —les dije, cuando después de un buen rato bajé—. Vi al pequeño escribiente florentino, que en lo más oscuro de las noches se para a escribir, sin que nadie en su casa se diera cuenta, para ayudar a su padre enfermo.

Luego les conté toda la historia.

Cuando le tocó su turno a Valentín, nos platicó largamente sobre un naufragio que vio. Dijo: “Imagínense un buque tan grande como este pueblo, cargado con tanta gente y animales como hay aquí”. Y describía los bueyes que salían volando en el aire desde la cubierta, el hombre que se daba un tiro en la cabeza, las mujeres que abrazaban a sus hijos, el sacerdote que confortaba a los resignados a morir y, al final, el muchacho parado sobre la borda, con el cabello flotando al aire inmóvil, tranquilo, mientras el barco se hundía. Y siempre que le tocaba subir a la carreta, bajaba con la misma historia, como que no le interesaba hacer algo nuevo; pero nos la contaba con diferentes palabras y emociones. A nosotros, habitantes de tierra adentro, que no conocíamos el mar, ni teníamos para cuándo conocerlo.

Todas las tardes, a partir de ese día, el corral de en medio se volvió el centro del pueblo, y se llenaba de muchachos ansiosos, en espera de su turno para subir a la carreta y bajar de ella con una historia para el deleite de todos nosotros. Era igual que subir a un árbol para bajar de él sus frutos y convidarle a los demás.

Así se nos había dado ese juego que duró en nuestro corral mientras el largo otoño se convertía en invierno. Y que también había sido la consecuencia de una saciedad que había brotado en las sementas, y que después no había tenido cabida en la troje. Un don nacido de la misma tierra. Aquella primera tarde solamente estaban con nosotros Valentín, que ya mencioné, Miguel y Gilberto López. Pero corrió la voz y empezaron a llegar muchachos que venían de las cuatro orillas del pueblo, para viajar por el ancho mundo en nuestra carreta varada, aunque abierta al cielo, rebosante de maíz.

Era la hora en que las palomas empezaban a llegar de recorrer los campos, y mientras se acomodaban en sus nida-

les en los pretiles de la troje, se correteaban, se peleaban y se apareaban. En el aire del corral flotaban plumas blancas y moradas. Y Rafael nos decía, apuntando al cielo: “Ahí llega Romañola”. Y para mí que todas las palomas eran una sola Romañola.

*

Pero un día había llegado Memo al pueblo.

Memo, el hijo de un soldado del cuartel al otro lado de mi casa, pues sólo las bardas de unas tapias nos separaban, no era de aquí. Chaparro y prieto, hablaba con puras malarazones, traía cigarros en las bolsas de sus pantalones y se juntaba a fumar y hacer otras diabluras con muchachos mayores que él, entre ellos mi primo Macarito. Nos dimos cuenta de que había nuevos soldados en el pueblo una tarde lluviosa, porque había centinelas en el portón del cuartel, y porque jugábamos descalzos a las presas a lo largo de las cunetas de la calle y él llegó a reventárnoslas con los pies; hasta que su madre le gritó desde la entrada del cuartel supimos su nombre. No asistía a la escuela regularmente ya que su familia andaba de nómada por los destacamentos del estado. Por lo tanto no sabía leer. Y ya tan grandote, yo creo que le daba vergüenza estar con los párvulos; porque cuando se tenía que formar con ellos hasta atrás, en el patio del recreo, no lo podíamos ni voltear a ver; si alguien lo hacía, a la salida lo agarraba y le pegaba. Tampoco asistía los sábados al catecismo, no sabía rezar: “Señor, pon un guarda en mi boca, y centinelas a las puertas de mis labios”.

No obstante, conmigo se portaba diferente, tal vez porque éramos vecinos. Aunque nunca jugamos juntos ni nos dirigíamos la palabra, cuando nos encontrábamos en la calle o en la escuela, me miraba y sonreía. Y si pasaba frente a mi casa, se quedaba un rato viendo hacia adentro. Nunca alquiló ni una de mis revistas.

A pesar de que mi padre y mi madre siempre nos habían pedido que no jugáramos con los hijos de los soldados, pues traían otras costumbres y hablaban con otras palabras, porque no eran gente de bien, no sé ni cómo llegó aquella tarde con los otros muchachos a nuestro corral. Tampoco recuerdo de quién había sido la idea de que él subiera a la carreta, si todos sabíamos que iba a hacer el ridículo. Pero sólo hasta ahora me doy cuenta de que los otros muchachos querían verlo metido en un aprieto donde él, por fin, fuera inferior. Yo quería que no lo hiciera, pues sabía, por experiencia, que siempre algo malo sucedía donde él estaba. Pero se animó a subir.

Yo le expliqué las reglas del juego.

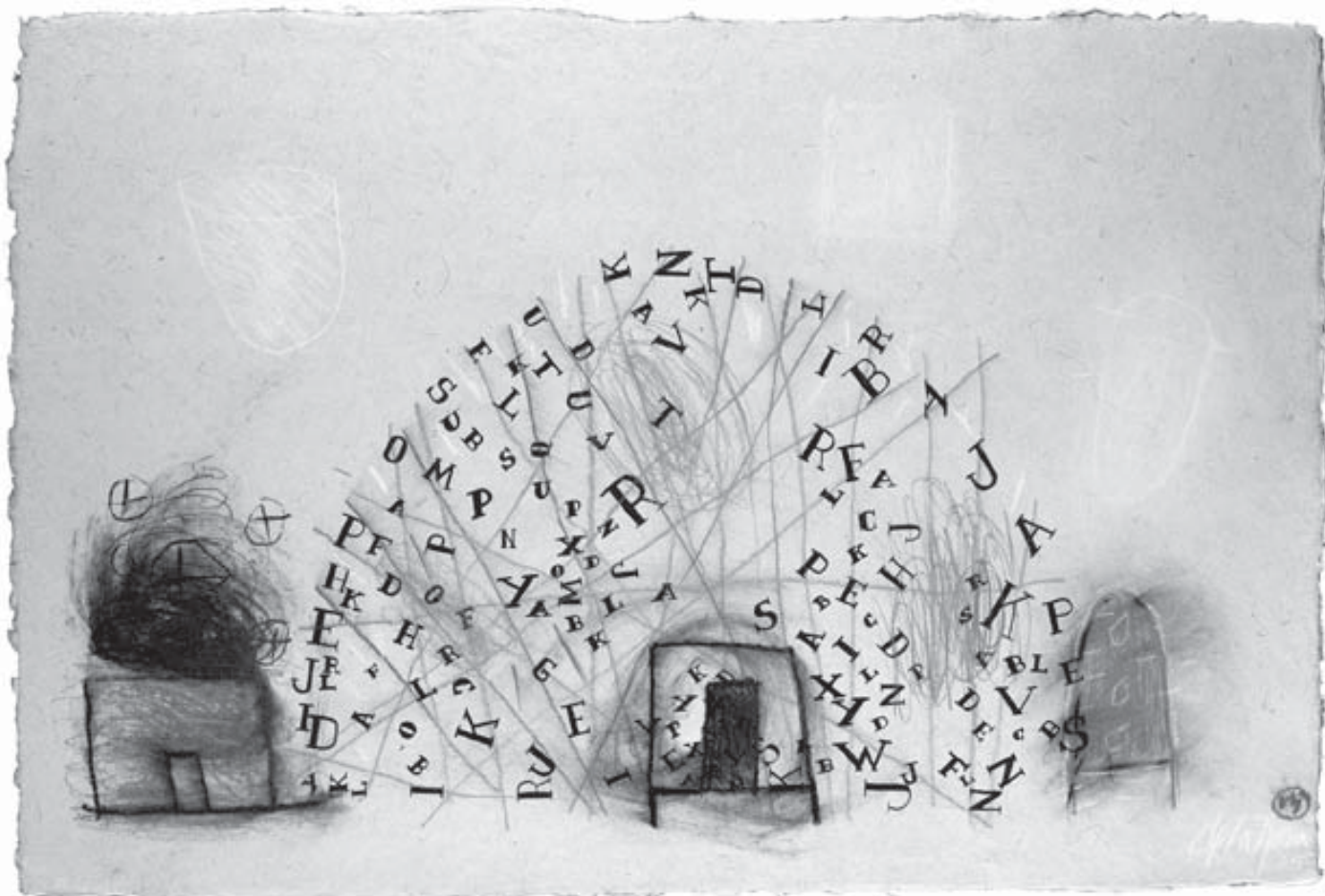
—Tómate tu tiempo, pero cuando bajas, tienes que contarnos lo que viste, lo que te contaron, lo que sentiste.

Sentados sobre el lienzo de piedra que divide un corral del otro, todos los muchachos esperábamos que bajara con su historia. El zurrón de su ropa había quedado a un lado de la carreta. No se escuchaba ni se veía nada de lo que Memo hacía allá arriba, a pesar de que las tazoleras son muy escan-

tazolera de al lado y empezaron a tronar bien fuerte las llamas. El humo llenó el corral y la tos y la lloradera de ojos nos sacó a la calle. El corral de en medio ardía como si ahí hubiera nacido de pronto una catedral de lumbre.

Después sentí que muchas cosas sucedían rápidamente y al mismo tiempo. Nació un ser desconocido dentro de mí, sustituía al que yo era o estaba dejando de ser en esos momentos.

JUAN MANUEL DE LA ROSA



dalosas, uno apenas se mueve y empiezan a crujir por todos lados.

Al cabo de un buen rato y que no bajaba, mi hermano Rafael se subió para ver lo que estaba pasando. Yo creo que le quería soplar una historia. Pero cuando Memo bajó todos se comenzaron a reír de él a carcajadas, disfrutando de su incapacidad.

—No hay nada ¡No chinguen! Ustedes inventan todo —dijo. Estaba enojado.

—¿Pos qué esperabas? —le gritó alguien desde la cerca.

Me acuerdo que luego se fue a vestir al otro lado de la carreta. Y que después de un rato la carreta estaba en llamas. Mi hermano Rafael se había quedado arriba. Le gritamos con todas nuestras fuerzas que se bajara. El fuego brincó a la

Alguien le avisó a Chema el campanero. Y todas las campanas comenzaron a repicar como locas al mismo tiempo. La mala noticia recorrió el pueblo en segundos.

La gente llegó azorada y con tambos y cubetas de agua. Y controlaron la quemazón. Mi madre gritaba. Mi padre me zarandeaba por los hombros. No escuchaba lo que me pedía que le dijera, y tampoco poseía palabras para explicarle lo que nos estaba pasando.

Escondidos en las cosechas —yo no lo sabría hasta entonces— uno se traía a su casa infinidad de animales de campo. Cuando empezó a arder la pastura, o más bien cuando empezó a volverse humo, salieron asustados y encarrerados dos víboras, tres ratones blancos, muchas arañas y unas chicharras.

El portón de la casa se abrió de par en par y en el zaguán fue velado el cuerpo de Rafael. Una multitud silenciosa, sin hacer ni un ruido con la boca o con el cuerpo, entraba y salía de la casa.

*

Cuando regresamos del camposanto, alguien me dijo que Memo y su familia habían desaparecido del pueblo esa misma tarde. Pensé: sin detenerse ni un segundo para mirar la enormidad de lo que nos habían hecho. Era abismal el vacío que se sentía en la casa y en todo el pueblo.

Mi padre me ordenó que acabara mi negocio de los cuentos y las revistas: en una pila, bien amarrada con mecates, se quedaron empolvando en un rincón del cuarto de los tiliches. Muy pronto ya no hubo con qué alimentar esa palabrería interior de mis amigos y mía. En un vacío despoblado de imágenes estaba convertida nuestra mente. Un silencio incomprensible, aterrador, nos comenzó a habitar. Incendios de lumbre negra no dejaban de consumir nuestras almas.

Y un olor a muladar chamuscado comenzó a recorrer las calles del pueblo, a meterse a las casas y a nuestras narices, cuando las lluvias nieve de los últimos días del otoño comenzaron a empapar las cenizas de las tazoleras que se habían quedado a medio quemar. Pero esta vez no era la lluvia fina, apacible y silenciosa de otros años, sino que caía con furia, rayos y centellas derribaban árboles y mataban ganado en los potreros. Un rayo cayó dos veces en el mismo lugar. Uno de los bueyes de la junta se fue a un barranco y, cuando lo sacamos ya muerto, nos dimos cuenta de que tenía mordidas de lobo en el lomo.

Su abundante carne, ya salada y cortada en cecina, fue puesta a secar en los tendedores del patio, donde por igual se ponían a asolear la ropa, los guachales y los chiles anchos para la cuaresma. Durante el invierno nos íbamos a comer toda esa carne ya seca. Y ese buey, que antes había jalado nuestra carreta, ahora iba a recorrer los amplios caminos de nuestras venas, se iba a quedar dormido en los confines de nuestro cuerpo, iba a quedar formando parte de éste.

Para colmo, durante el año siguiente, los periódicos que llegaban al pueblo traían fotografías de patrullas, camiones y tranvías en llamas en las plazas y en las avenidas de la

ciudad de México. Decían que una revuelta de estudiantes comunistas estaba causando esos estragos. Y que los soldados salían con sus fusiles y sus tanques a restituir el orden en las calles.

Así que no había forma de olvidar.

Durante las noches de ese invierno, y a pesar del frío, me desnudaba por completo antes de meterme en la cama para sentir mi cuerpo como sobre paja, sobre hojas de maíz apenas quemadas, ardiendo lentamente sobre brasas de hielo, para ver si en sueños podía visitar los lugares misteriosos a donde se había ido mi hermano.

Sin embargo, la primavera de aquel año llegó puntual a los campos y le comenzó a dar vueltas a nuestro pueblo.

*

Años después, una tarde de navidad, en una ciudad grande y desconocida del este de nuestro país, donde no conocía a nadie, el aburrimiento y la casualidad me metieron a curiosear en una librería de viejo. Y de pronto me encontré hojeando un libro en una mesa donde se amontonaban sin ningún orden infinidad de ejemplares de la mismísima edición que don Daniel vendía en su tienda en Tepetongo. Un horroroso temblor, como si en ese momento alguien me estuviera acusando de criminal, me sacudía todo mientras mis ojos iban reconociendo las ilustraciones de las historias que ese libro nos había contado a muchos niños casi treinta años atrás, de ese saldo que ahora nadie quería llevarse a su casa. Como si en realidad tuviera un corazón vivo y palpitante entre mis manos, las fuerzas se me iban del cuerpo, porque hasta en ese instante me daba cuenta de la enormidad del extravío. En un relámpago mis ojos vieron otra vez aquella catedral de lumbre en el corral de en medio. Y allí leí de pie, entero, mientras me anegaba y me desmoronaba por dentro, el relato del naufragio.

Yo era de los que habían zozobrado en aquella carreta inmóvil. •

SEVERINO SALAZAR fue profesor-investigador de la UAM Azcapotzalco. Nació en Tepetongo, Zacatecas, y murió este año en la ciudad de México. Su obra narrativa le significó varios premios. En su bibliografía destaca *Donde deben estar las catedrales*.